Madrid, 1 de septiembre de 2019.

Mi querido hijo Erick,

Incluso si no domino el lenguaje de los ángeles, aun así, correré el riesgo de traducir en palabras el sentimiento que creo que no es solo mío, sino el de tu padre, tus hermanos, tus abuelos, tus tíos, en resumen, de todos los que te envuelven.

Hace exactamente 16 años, llegaste a nuestras vidas, mucho antes de que te esperáramos. Simplemente no sabíamos cómo sería, pero de una cosa estábamos seguros, ya nada sería igual que antes.

Usted, con su forma especial de ver el mundo, nos trajo un nuevo universo del que no sabíamos nada: ser padres, la familia de un niño con autismo. Y nos mostró que hay muchas maneras de ver el mundo, después de todo, nadie es igual a nadie, por lo que no hay problema en ser diferente.

Has cambiado por completo nuestras vidas, haciéndonos personas mucho mejores, mucho más humildes y conscientes, especialmente de la fragilidad que es nuestra vida y de lo pequeño que somos frente al gran desafío que es vivir.

Miraste profundamente las profundidades de nuestros ojos y nos probaste que ser feliz es algo muy simple, somos los que somos complicados y que todo lo más importante cabe en un abrazo o una sonrisa.

¡Gracias, hijo mío, por todas las enseñanzas, por ser nuestra inspiración, nuestro ejemplo de superación, en resumen, por todos los momentos en que eras mucho más fuerte que todos nosotros!

Perdona nuestra deficiencia, que insistimos en llamar cordura, ya que a menudo no nos permite entender lo que tratas de decirnos todos los días y enseñarnos sobre el amor, sobre no tener prejuicios, no ser lastimado, ni arrepentirnos.

Sí, hijo mío, creciste ¡pero tu regazo siempre estará aquí!

Agradecemos a Dios por tu vida, y le pedimos que continúe protegiéndonos e iluminándonos para que cada día podamos ser más dignos del gran regalo que nos ha dado: ¡tenerte como nuestro hijo!

Con amor, tu mamá, papá, y toda su familia que te quiere mucho!